# SIN OJOS

## *Y OTROS CUENTOS BRASILEÑOS INQUIETANTES*

*Índice*

**MACHADO DE ASSIS**

SIN OJOS, 15
UN ESQUELETO, 45

**JOÃO DO RIO**

LA NOVIA DEL SONIDO, 75
LA MÁS EXTRAÑA MOLESTIA, 85

**JÚLIA LOPES DE ALMEIDA**

LA NEUROSIS DEL COLOR, 105
PERFIL DE NEGRA (GILDA), 115

**HUMBERTO DE CAMPOS**

LOS OJOS QUE COMÍAN CARNE, 129
EL MONSTRUO, 139

**MONTEIRO LOBATO**

LA VENGANZA DE LA PEROBA, 147
BOCATORCIDA, 169

# PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES

*Por Ana Lea Plaza Illanes*
*y Fernando Pérez Villalón*

El Brasil de fines del siglo XIX es una sociedad extraña, atravesada por procesos sociales contradictorios e inclasificables como conjunto. Desde 1822 es un país independiente, pero monárquico. En Río de Janeiro habitan emperadores que llegaron a los trópicos vestidos con complicados trajes, desafiando la selva y el barro, que luego quisieron quedarse, enamorados de sus bellezas naturales. Al mismo tiempo, Brasil se moderniza. Liderado por una poderosa oligarquía, el país va levantando la infraestructura necesaria para hacer viable la economía del café. Pero esa modernización está basada en la esclavitud. Esa mano de obra forzada va habitando sus calles y configurando una nación afrancesada que se desea blanca, urbana y europea, aunque en realidad es lo opuesto: es campesina, popular y mestiza. No por

nada, Roberto Schwarz dijo de esa sociedad que en ella habitaban «ideas fuera de lugar», creencias e ideologías europeas en contradicción flagrante con la realidad económica y social brasileña.

Los cuentos que reunimos en esta antología son el fruto de las contradicciones y paradojas de esa sociedad a caballo entre dos siglos y tensionada entre tendencias arcaicas y modernizantes. Se trata de un conjunto de relatos que muestran una faceta poco conocida de la literatura brasileña: su indagación en lo ominoso, lo inquietante, lo fantástico y lo horroroso. En estos textos de fines del siglo XIX y comienzos del XX se exploran los límites de lo real y de lo racional, a veces con humor e ironía y otras veces con placer por lo macabro, lo chocante, lo sangriento. Son cuentos que hablan de la sensibilidad y las ansiedades de su época de transición, pero que resuenan también con las preocupaciones de la nuestra al abordar temas como la muerte, la violencia, el poder, los sentidos, la sensualidad y el lenguaje. Sus personajes se escapan de los cánones de lo normal, lo conocido, conformando una galería de retratos excéntricos que van desde lo repugnante a lo enternecedor.

Los cuentos de Machado de Assis (1839-1908), probablemente el mayor de los escritores de su tiempo, exploran con su prosa cuidadosa de estilista consumado dos casos médicos, enmarcados por un relato referido como pasatiempo en una reunión social. Ambos imbrican al

caso médico con historias de pasión y celos características de este escritor, que complejizan el relato de terror con referencias al mundo patriarcal, al mismo tiempo que desafían ideas comunes sobre la vida y la muerte, con inigualable ironía y a veces directa comicidad.

De João do Rio (1881-1921) seleccionamos dos cuentos que proponen una distorsión de la realidad a partir de la exacerbación de un sentido, el del oído en «La novia del sonido» y el del olfato en «La más extraña molestia». Su prosa es vivaz y rebuscada, llena de detalles y metáforas que intensifican esta fantasía delirante. Ambos transcurren en un entorno citadino moderno, fuente de constante inspiración para su autor: el primero, en un típico caserón carioca, descrito con un suave aroma a nostalgia; el segundo, en medio de la vorágine urbana que se exalta y se celebra.

Los cuentos de Júlia Lopes de Almeida (1862-1934) que incluimos en la antología son distintos entre sí: «La neurosis del color» es una pieza esteticista y exotista, situada en el antiguo Egipto; «Perfil de negra» explora la realidad cotidiana y las supersticiones de trabajadores afrodescendientes en una zona rural. En ambos relatos sentimos con fuerza el lugar de enunciación de quien fue una relevante abolicionista y feminista, una de las pocas mujeres que participó en la formación de la Academia Brasileña de Letras, a la que finalmente no se pudo integrar.

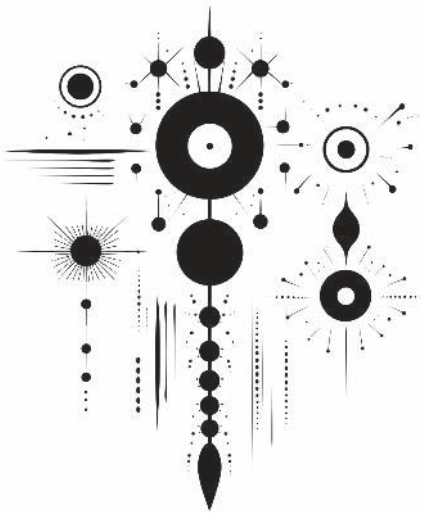
Humberto de Campos (1886-1934) explora en «Los ojos que comían carne» un caso en que la ciencia médica produce una aberración, y en «El monstruo» una fábula sobre la creación del mundo y del ser humano. Dos formas de pesimismo son narradas mediante dos estilos muy opuestos: el primero acude al género del terror situado en la sociedad contemporánea, el segundo explora el lenguaje alegórico, para inscribir la desgracia en nuestra naturaleza humana.

El último de los autores que escogimos, Monteiro Lobato (1882-1948), propone en «La venganza de la Peroba» un cuadro naturalista en torno a la vida en el campo y las desventuras de una familia, que también podría leerse en clave ecologista como una revancha de una naturaleza explotada. Se trata de un autor que ha generado fuertes polémicas en los últimos años por la ideología racista que se transparenta en algunas de sus obras, en particular sus populares cuentos infantiles, muy leídos en Brasil. El segundo de los relatos que escogimos, «Bocatorcida», ilustra esta ideología, puesto que proyecta en un personaje negro todos los temores de la alta sociedad blanca que lo rodea y lo considera como un monstruo. Discutimos si incluir este relato en la selección, lo hicimos porque nos parece que ofrece una oportunidad valiosa de comprender los prejuicios que permeaban a parte de la literatura de ese momento, y que expresaban las tensiones e imaginarios de una sociedad entera.

Realizamos la traducción a cuatro manos: una primera versión por Ana Lea-Plaza, destinada a comprender los relatos, luego una segunda versión de Fernando Pérez, más centrada en el estilo literario, y por último una revisión conjunta para homogeneizar criterios editoriales y estilísticos y resolver las últimas dudas de traducción. No fue un proceso fácil: se trata de textos relativamente antiguos escritos en un estilo a veces bastante rebuscado y retórico, con muchas expresiones ya en desuso y sutiles juegos idiomáticos. Decidimos dejar los nombres propios de lugares y personajes sin traducir, con la ortografía portuguesa, así como los nombres de algunas plantas, frutas y árboles que no tienen equivalente en castellano. En general, optamos por producir una versión lo más legible posible en nuestro idioma y en la actualidad, pero intentando conservar las particularidades de cada autor, con la esperanza de que quienes se encuentren con estos textos inquietantes los disfruten tanto como lo hicimos nosotros y se asomen a través de ellos al fascinante mundo mental de un Brasil en el umbral de la modernidad.

MACHADO DE ASSIS

*1839-1908*



# SIN OJOS

Les sirvieron el té en la salita de conferencias íntimas a las cuatro visitas del matrimonio Vasconcelos. Se trataba del señor Bento Soares, su esposa doña Maria do Céu, el licenciado Antunes y el magistrado Cruz. La conversa, antes del té, giraba en torno a la última *soirée* del magistrado; cuando el criado entró, pasaron a hablar de la muerte de un conocido, después de las almas del otro mundo, de cuentos de brujas, finalmente de hombres lobos y de las supersticiones de los indios.

—Personalmente —dijo el señor Bento Soares— nunca pude comprender cómo el espíritu humano puede

inventar tantas tonterías y creérselas. Está bien que un niño dé crédito a sus propias ilusiones; para eso están los niños. Pero que un hombre hecho y derecho...

—¿Qué tiene de malo? —observó el magistrado presentando la taza al criado para que se la llenara nuevamente— La vida del hombre es una serie de infancias, unas menos graciosas que las otras.

—¿Quieres más té, María? —preguntó la dueña de casa a la esposa de Bento Soares, que acababa de beberse la última gota del suyo.

—Por favor.

El licenciado Antunes se apresuró a recibir la taza de doña Maria do Céu, con una cortesía y gracia que le valió la más dulce de las sonrisas.

—Yo estoy de acuerdo con el magistrado —dijo Bento Soares.

Mientras el licenciado Antunes extendía al marido de Maria do Céu la gentileza que recién le había ofrecido a ella, igual de solícito, pero sin recibir la misma ni otra sonrisa, y le pasaba al criado la taza vacía, Bento Soares continuaba disertando sobre las supersticiones humanas. Bento Soares estaba profundamente convencido de que el mundo entero tenía por límites los del distrito en que él vivía, y de que la especie humana había aparecido en la tierra el primer día de abril de 1832, fecha de su nacimiento. Esta convicción disminuía o más bien eliminaba ciertos fenómenos psicológicos y

reducía la historia del planeta y sus habitantes a un certificado de bautismo y varios acontecimientos locales. No había para él tiempos prehistóricos, había tiempos pre-soáricos. De ahí que, al no creer él en ciertas leyendas y cuentos de hadas, apenas podía comprender que hubiese hombre en el mundo capaz de haber creído en ellos siquiera una vez.

Pero la conversación se bifurcó: mientras el magistrado refería a Bento Soares y al dueño de casa algunas noticias relativas a creencias populares antiguas y modernas, las dos señoras conversaban con el licenciado sobre un tema de tocador. Maria do Céu era una mujer bella, aunque bajita, o tal vez bella por eso mismo, pues sus rasgos eran proporcionados a su estatura: tenía unos ojos pequeños y redondos, una boquita que el licenciado comparaba a un botón de rosa, y una nariz que el poeta bíblico solo por hipérbole podría comparar con la Torre de Galaad. La mano, que, esa sí que sí, era un lirio de los valles —lilium convallium—, parecía robada de alguna estatua, no de Venus, sino de su hijo; y yo pido perdón por esta mezcla de cosas sagradas con profanas a la que estoy obligado por la naturaleza misma de Maria do Céu. Quieta, podrían ponerla en un altar, pero si movía los ojos era poco menos que un demonio. Tenía un modo peculiar de servirse de ellos que había hechizado algunos años antes la gravedad de Bento Soares, fenómeno que el licenciado Antunes hallaba lo más natural

del mundo. Vestía esa noche un vestido color perla, objeto de conversación entre el licenciado y las dos señoras. Antunes, sin poner en duda que el color perla le iba perfectamente a la esposa de Bento Soares, opinaba que en general sucedía lo mismo con los demás colores, de lo que se puede razonablemente inferir que a su parecer la porción más bella de Maria no era su vestido sino ella misma.

Una réplica, en voz más alta, dirigió su atención hacia el grupo de los hombres graves. Bento Soares decía que el magistrado se mofaba de la razón afirmando creer en almas del otro mundo y el magistrado insistía en que la existencia de los fantasmas no era cosa que se pudiera negar del todo.

—Pero, magistrado, esto es suponer que somos unos simplones. Pues fantasmas...

—No me dirá nada nuevo —interrumpió Cruz—. Sé lo que se puede decir contra los fantasmas; no obstante, existen.

—Como las vejigas; también se dice mucha cosa contra ellas...

—¡Fantasmas! —exclamó Maria do Céu—. ¿Acaso alguien ha visto fantasmas?

—Es el magistrado el que lo dice —observó Vasconcelos.

—¿De veras?

—Ni más ni menos.

—En la imaginación —dijo el licenciado.

—En la realidad.

Los oyentes sonrieron; Maria hizo un gesto de desdén.

—Si entrar al Tribunal de la Relación da como resultado visiones de esa naturaleza, declaro que le cortaré las alas a mis ambiciones —observó el licenciado mirando a la esposa de Bento Soares como pidiéndole aprobación por lo dicho.

—Los fantasmas son fruto del miedo —dijo ella, sentenciosamente—. Quien no tiene miedo no ve fantasmas.

—¿Usted no tiene miedo? —preguntó la dueña de casa.

—Tanto como de este abanico.

—Siempre se ha de tener alguno —opinó Vasconcelos.

—No tengo miedo de nada ni de nadie.

Puede ser, intervino el magistrado, pero si viera lo que yo vi una vez, estoy seguro de que quedaría aterrorizada.

—¿Alguna bruja?

—¿El diablo?

—¿Un difunto a medianoche?

—¿Un duende?

Cruz palideció.

—Hablemos de otra cosa —dijo.

Pero la curiosidad de la audiencia se había avivado y el propio misterio y reticencia del magistrado hacían crecer el apetito. Los hombres insistieron; las señoras les hicieron coro. Cruz se inmoló al sufragio universal.

—Lo que yo vi fue hace muchos años —dijo—, aun así conservo la memoria fresca de lo que me sucedió. No sé si podría ir hasta el final; y desde ya estoy seguro de que pasaré una triste noche...

Una risita de Maria do Céu interrumpió al magistrado.

—¡Prepare al público! —dijo ella—. Apuesto que la montaña da a luz a un ratoncito.

Algunos sonreían, pero el magistrado estaba serio y pálido. Bento Soares le ofreció una pizca de rapé, mientras Vasconcelos encendía un puro. Se hizo un gran silencio; solo se oía el tic-tac del reloj y el movimiento del abanico de Maria do Céu. El magistrado miró a los interlocutores, como para ver si era posible evitar la narración; pero la curiosidad estaba tan viva en todos los ojos, que era imposible resistirse.

—¡Vamos! —dijo él—. Contaré esto en dos palabras:

Cuando yo estudiaba en São Paulo raras veces disfrutaba todas las vacaciones en la hacienda de mi padre; iba a Cantagalo a pasar algunas semanas y regresaba de inmediato a Rio de Janeiro, adonde me llamaba mi primer y último noviazgo, pasión de cuatro años, que la iglesia consagró y solo la muerte extinguió. En las vacaciones del tercer año me fui a vivir al primer piso de una casa de la Rua da Misericórdia. En el segundo vivía un hombre de cuarenta años que parecía tener más de cincuenta, tan abatido

y encanecido estaba. Éramos los dos únicos inquilinos, salvo mi paje, con el que sumábamos tres. El vecino de arriba no tenía criado.

La primera vez que lo vi fue justo al día siguiente de mi entrada en la casa. Al pasar por el pasillo me topé con él en la escala, que iba del primer al segundo piso, de pie, con un libro abierto en las manos. Tenía un pie en el quinto y otro en el sexto peldaño. Me quedé mirándolo desde abajo durante algún tiempo; al no conocerlo me entró la sospecha de si no sería algún ladrón. El paje me explicó que era el inquilino de arriba.

Dos días después, estando yo de noche en casa, cerca de las once, mientras leía en mi sala, sentí que alguien golpeaba a mi puerta. Fui a abrir. Era el vecino, que había bajado con un libro en la mano, tal vez el mismo que leía dos días antes en la escalera, no sé.

—¿Lo molesto? —preguntó.

Hice un gesto dudoso, y me quedé mirándolo como quien espera una explicación.

—El inquilino de la tienda —continuó él— me dijo hoy que es usted estudiante. Tal vez me pueda explicar una cosa. ¿Sabe hebreo?

—No.

—¡Qué lástima! —dijo él consternado.

Se quedó algunos instantes silencioso, observando el libro y el techo. Después me miró y dijo:

—Estoy viendo si le hinco el diente a un pasaje de Jonás.